

# Todo estaba tan oscuro\*

Marco Sánchez P.  
Egresado Taller de Escritores  
Universidad Central (TEUC)

La última noche de su vida, Rogelio Cantor entró al bar del *Zurdo* Barros del brazo de la *Piroca*, tras librar una desflecada cortina de arlequín que separaba el negocio de la calle. Era un salón amplio que ocupaba el primer piso de una casona vieja del Ricaurte. Tres o cuatro horas después entró Memo Díaz, su amigo inseparable; su escudero, decían muchos. Ese que todas las tardes lo esperaba parado en la puerta de la tienda de Felipa para ir a errar por las calles friolentas de San Carlos, mientras hablaban de mujeres o buscaban una cantina. Pero por el tiempo en que mataron a Rogelio, Memo se había cambiado de barrio, había abandonado los estudios y andaba con las pandillas del Quiroga. Así que si bien la amistad gozó hasta el último instante de un fervor a toda prueba, los amigos se habían separado y solo volvieron a verse apenas unos instantes antes de que Rogelio le entregara el alma a Dios, o quién sabe si al diablo, con un cuchillo atravesado en el pecho. Pero ni siquiera pudieron saludarse.

Memo Díaz era un tipo insustancial, como su nombre. Sus señas más notables eran una pancita desvalida y su tipo nervioso que hacía que a todo instante le sudara el lomo de la nariz. La pasión con que asumía como cosa suya cualquier ofensa contra sus amigos, no parecía virtud sino defecto. Esto, sin embargo, no se debía a un exaltado sentido de lealtad, sino a una nefasta vocación de gregario que daría sus peores frutos la última noche de la vida de Rogelio. Memo estudiaba Civil en la Distrital y era de los pocos de la cuadra que iban a la universidad. Amaba la música depresiva (*los Cuyos*, por ejemplo), tomar cerveza y andar con Rogelio por las tardes para oírle historias del cuartel. A veces le hacía repetir los relatos y siempre lo escuchaba como si fuera la primera vez. Por encima de todo le gustaba el de aquella noche en que Rogelio y una patota de infantes de marina le hicieron *Vaca muerta* a una negra sobre un tablón de remolachas del viejo arrabal del *Arsenal*, en la bahía de Cartagena de Indias, o esa otra en que Rogelio había resuelto a pata y puño un pleito con un marinero en el embarcadero de Leticia, por una garota de Tabatinga que trabajaba en un burdel del puerto.

---

\* Segundo puesto, Premio Nacional de Cuento Ciudad de Barrancabermeja, 2002.

Rogelio era un hombre duro pero tierno. El color de su piel, sus labios gruesos y sus huesos largos revelaban alguna genética de negro heredada de don Tacho, su padre. Era alto. Serio. Amigo de sus amigos, cortés con sus conocidos, caballero con los extraños. Reservista de la Marina de Guerra donde obtuvo menciones por su valor contra los alzados del Guayabero, y de la Serranía de la Macarena. Devoto del recuerdo de su madre, muerta a edad temprana por el dengue del 68, una gripa brava que diezmó los arrabales del sur y agotó los cupos del cementerio; dedicado a sus hermanas, dos mellizas adolescentes que apenas abandonaban los cachumbos, y a quienes los días de pago regalaba desde aretes de fantasía, hasta medias de candongas y baratijas en papel de celofán; respetuoso de su padre, un hombre casi anciano, a quien ayudaba a distribuir fierros en una Ford 600 en las ferreterías de los Mártires y la Plaza España; no tan borracho como rezandero, iba todos los domingos al Santuario de Monserrate, donde echaba un par de monedas en la urna del Señor Caído, y los lunes a la Tumba de las *Abandonadas*, un foso infeliz del cementerio del sur, con restos de difuntos anónimos, a cuyo fondo arrojaba tres puñados de tierra mientras pedía favores de los más fáciles. Que le fuera bien en el trabajo, por ejemplo. Estas cualidades que, puestas en hilera, parecían una escalerita para ir al cielo sin necesidad de extremaunción eran, sin embargo, el morral donde escondía la más arisca de todas sus virtudes: que siendo Rogelio un hombre mesurado, jamás le faltó impulso para dar o recibir una puñalada por el solo gusto de probarle a cualquier mujer que era un hombre de coraje.

Antecedentes no hacían falta, y además eran famosos: el bonche en el local del *zarco* Nicolás; la pelea con los Troilo en la tienda de Cipriano, que si más le acaba con el negocio al pobre, y hasta la severa cicatriz que le atravesaba en diagonal el lado izquierdo del cuello, habían tenido origen en hombradas provocadas por mujeres, y en todas ellas Memo había estado a la vanguardia. “Agarrones por putas”, decía el padre de Rogelio, rascándose las cuatro hilachas de cabellos que le colgaban de la nuca.

Rogelio, por lo demás, tenía su pundonor: nunca se le oyó ufanarse del triunfo ni dolerse del castigo. O siquiera decir después de algún tropel lo que hubiera dicho cualquier hombre de juicio: “Y miren por quién vino a ser.” Todo lo contrario. Apenas terminada una boruca la echó al olvido como se tira a la basura un trapo viejo, y la vida seguía como si nada. Las chinas de la cuadra lo apreciaban pero lo esquivaban, porque aunque —con todo y cicatriz— Rogelio tenía sus cualidades, las que estaban en edad de merecer lo descartaban de plano con una frase que pronto hizo carrera en todas ellas: “No quiero estar casada con un muerto”, decían.

No obstante, cuando Rogelio comenzó a andar con *la Piroca*, llevaba algunos meses de novio con Camila Morera, una china medio biche, medio flaca, de pelo lacio, hija del viejo Morera, un pensionado de la policía que había abierto una cantina de bajo puntal en la mitad de la

cuadra y la había inaugurado con un conjunto vallenato y un aviso que anunciaba cerveza a mitad de precio. Desde que Morera inauguró el negocio, Rogelio se había hecho uno de sus clientes más frecuentes. Se bañaba y se perfumaba los sábados por la tarde, se reunía con los amigos y se sentaba en la misma mesa, la primera de puertas para adentro, y pedía la misma tanda de cerveza, hasta que a fuerza de cariñitos logró conquistar a Cristina que a sus dieciséis años solo sabía de amores desabridos con muchachos del colegio y jamás se había sentido pretendida en serio por un hombre: nunca había recibido elefantitos de cristal en pequeños huevos de caramelo; ni barras de chokolatines en cajitas de madera llenas de viruta; ni cajas de almendras francesas con su nombre grabado en crema de azúcar. Y contra el parecer de los amigos y la oposición de la familia, no solo cedió a las galanuras de Rogelio, sino que se obstinó en aquella relación a la espera de que este cambiara. Que abandonara la costumbre de andar con mujeres de mala vida. “No solo con la *Piroca* –decía–: con todas las de su clase”.

Cuando supo que la *Piroca* era clase aparte, ya era demasiado tarde. La *Piroca* era bravera, entradora. “Una vieja verraca”, decían los hombres; “una perra”, decían las mujeres. No era mujer de una sola noche, ni “ramera metida de tendera”, como decían, ni mojjigata: hembra franca, dura, de vida aventurera, de quien se decía arrastraba una pena de amor por un cañiche costeño de ojos de cobre y pelo indio que la abandonó por una bandida joven, de tetas como limones, cuando era dueña de un burdel en un barrio de tolerancia en Armenia. La cuadra la vio llegar una tarde en un camión con un trasteo profuso en el que sobresalían docenas de canastas de envase de cerveza, cuatro mesas de madera con sus juegos de butacos y un mostrador barnizado de verde, al local que le arrendó Justina Palomeque al frente de la casa de Morera. La vio bajar el envase, las mesas y los asientos, mano a mano con el ayudante del camión, y vio cuando al día siguiente tenía armado el mostrador, las mesas, los butacos y oyó la música pobrísima que salía de un baffle medio sucio, medio ronco, colgado a la pared. Nadie supo su nombre verdadero. Le pusieron la *Piroca* en honor a la antagonista de un culebrón venezolano de las tres de la tarde, que rompía corazones por entonces; nadie la había tomado en cuenta como hembra y Rogelio ni se había fijado en ella. Pero se fijó y le cayó en gracia desde la tarde en que la vio, cuchillo en mano, desafiar al padre de Cristina, llamarlo viejo marica y decirle que entre más policía fuera, más aprisa lo iba levantar a fierro, todo porque Morera la denunció a la autoridad sanitaria señalando que la nueva tienda no tenía orinal y que a los borrachos les tocaba hacer sus necesidades contra el poste. Esto era cierto pero no era el motivo legítimo del malestar de Morera y a la *Piroca* no le costó trabajo adivinarlo: “No te vas a morir de viejo sino de envidia, viejo cabrón. Y de hoy en adelante voy a mandar a todos a que se meen en tu puerta”, le gritó, y Morera quedó parado en el quicio de su cantina,

con el sol de las cinco y media dándole en la cara y sin ganas de discutir con nadie. Morera era sesentón. Pero cualquiera hubiera visto que la vergüenza lo había envejecido otros diez años.

La bravura de una hembra fue atributo que Rogelio jamás pasó por alto. Le gustaban pendencieras. Algo en la sangre lo inclinaba a ese tipo de mujeres endurecidas por la vida o por su propia savia, que no lo pensaban mucho a la hora de un bochinche. Y a partir de aquella tarde no volvió a entrar a la cantina de Morera sino a la de la *Piroca*. Así la conoció. Así la conquistó y compartió con ella interminables noches de relajo en compañía de vagos, jugadores de naípe, parqués y dominó de la 19 y el Tunal, que caían como enjambre a un garito improvisado sobre un arrume de petacos de cerveza en el negocio de la *Piroca*; y así la paseó no solo por el barrio, sino por cuanto hotel de mala muerte se puso en su camino, hasta que la pasión les hizo perder la noción de la vergüenza y Rogelio decidió pasar dos o tres noches de la semana en el propio cantón de la *Piroca*, en medio del olor a naftalina, cosas viejas y humedad de la piccita de atrás de la cantina, donde se metían juntos después de que el último borracho había salido. Se consumió tanto en su aventura que no solo se fue olvidando de Cristina, sino del fervor por sus hermanas que hasta entonces habían sido los ojos de su cara. El mismo Memo muchas veces lo fue a buscar al barrio con alguno de sus nuevos amigos del Quiroga, pero nunca lo encontró. Rogelio andaba con la *Piroca*.

La *Piroca* no ignoraba el noviazgo de Rogelio con Cristina. No le importaba; no ignoraba el malestar que su presencia provocaba en las mujeres y en las familias decentes de la cuadra; tampoco le importaba. Se limitaba a salir por las mañanas en busca del desayuno a la tienda de Felipa, sin peinarse, en chancletas, con la cara sin lavar, cubierta apenas por un poncho largo que dejaba ver por los flancos unas enaguas de seda empobrecida que velaban la morenura de unas piernas que aún parecían firmes. Pedía dos pastillas de chocolate, dos panes, cuatro huevos y un tomate, “que a él le gustan pericos”, decía. Las mujeres comentaban en secreto la mala traza de la hembra y los hombres murmuraban el descaro de Rogelio que ni siquiera, decían, respetaba a sus hermanas. Cristina Morera iba todos los días, camino al colegio, a la tienda de Felipa en achaques de comprar un chicle o cualquier otra friolera, pero en realidad a que Felipa le dijera cuántos huevos había pedido la *Piroca*. De este modo calculaba en qué cama había pasado la noche el hombre que le quitaba el sueño.

Las demás chinas no disimulaban cuando hablaban de los amantes. “Cada tiesto con su arepa”, decían. No sabían cuánta razón tenían. Porque así como Rogelio amaba liarse a cuchillo por cualquier mujer de esquina, la *Piroca* se coronaba con un atributo que todos ignoraban; un adorno quizá demasiado fino para una mujer de su calaña: amaba la bronca, el relajo. Enfrentarse a los hombres y mejor si eran varios. Amaba causar

irritación con su conducta, retar a murmuradores, provocar a pudibundas, encarar a mojigatas. Amaba todo esto: pero más que a todo esto amaba sentirse defendida por un hombre. Esa era su debilidad, y eso nadie lo sabía.

Y mucho menos, nadie pudo imaginar que la única vez que la *Piroca* no fue defendida por un hombre, fue también la única que Rogelio no peleó por una mujer. Como si el destino los hubiera juntado solo para mostrarles que eran parecidos hasta cuando la vida los hacía distintos.

“La fatalidad tiene clientela fija.” Eso dijo el *Zurdo* Barros, que amaba filosofar, cuando declaró ante el juez. El *Zurdo* era el dueño de un quilombo de luces extenuadas, especializado en salsa y boleros, situado en un local de aquella casona vieja del Ricaurte, y cuya puerta era la

.....

La bravura de una hembra fue atributo que Rogelio jamás pasó por alto. Le gustaban pendencieras. Algo en la sangre lo inclinaba a ese tipo de mujeres endurecidas por la vida o por su propia savia, que no lo pensaban mucho a la hora de un bochinche.

.....

desflecada cortina de arlequín. El mismo *Zurdo* lo atendía tras una barra lamentable de listones de caoba. Allí pasó Rogelio la última noche de su vida. Llegó a eso de las diez, del brazo de la *Piroca*. Los parroquianos lo vieron entrar sin prisa; lo vieron instalarse en un rincón, acomodarse la chaqueta de cuero negro, cruzar la pierna y pedir media de aguardiente. Ella vestía una minifalda vaporosa de boleros grises y un chalequito de lana azul marino, tan azul y tan marino que parecía que todos los vientos se le colaran por aquellas puntadas de atarraya, y que por delante cubría a medias los encajes de un sostén de satín rojo, y por detrás mostraba las paletas y las desoladas divisiones de las vértebras.

“Una prenda que la hacía ver más desnuda que vestida”, dijo el *Zurdo*.

Bailaron, conversaron, se rieron, bebieron y fumaron hasta que la noche se los fue llevando sin que se dieran cuenta. A eso de las doce, sudaba el barniz de las paredes y los borrachos chapuceaban las estrofas de *Linda*, que Daniel Santos cantaba como una ofrenda de oro a los presentes. Las caras de los parroquianos, en medio de la densidad del aire, el humo y la luz roja, eran sombras fatuas que iban y venían de la luz a las tinieblas y de las tinieblas a la luz, y una que otra risa ladraba como perro sin amo en el bullicio de la borrachera. Entrada la madrugada, dos hombres ebrios llegaron al negocio. El uno, cara aindiada, alto y fornido, el pelo peinado hacia atrás y la camisa abierta, como un coter del Abasto. Se sentó en un butaco de la barra, rascó un fósforo, y encendió un tabaco de aroma

miserable. El otro, menos alto, medio gordo y más común, se sentó a su lado y pidió media de aguardiente. Eran Memo y su nuevo amigo, un ex convicto recién salido de pagar una condena por estafa. La música husmeaba y se encarnaba en las piernas de la concurrencia y Rogelio, ya borracho, bailaba medio parado, medio dormido, pero Memo no lo pudo distinguir entre las sombras.

“A ciertas damas, el trago medio les hacer perder la sensatez. Y ciertos hombres la pierden por completo”, filosofó el *Zurdo* Barros cuando amplió su testimonio, y eso que el secretario le decía: “límitese a los hechos”. A la *Piroca* le dio, primero por mirar muy seguido a los recién llegados. Luego, pasó por su lado, brincando, cuando bailó *Los Charcos* y enseguida cuando bailó un mambo de Pérez Prado; luego, rozó, a propósito, dos o tres veces las rodillas del fornido, cuando bailaba un bolero (“*El 19*” precisó el *Zurdo*); y el fornido no asumió los roces como un simple vacilón sino que le dio un codazo a Memo que también miraba a la *Piroca* y le dijo: “La traigo sin resuello”. “Por estar viendo las piernas de la hembra, no vieron con quién bailaba”, apreció el *Zurdo*. Ninguno supo cuándo, en medio del compás de una trompeta de Beny Moré, una mano, tal vez húmeda, soltó un chicote y trepó la pantorrilla de la *Piroca* y por debajo de la falda de boleros grises acarició una pierna y luego la esfera del trasero como si fueran de su propiedad. Era la mano del fornido que, mal aconsejado por el trago, creyó suyo aquel terreno sólo porque la *Piroca* lo había mirado un par de veces y lo había rozado otras dos. El fornido no supo a qué horas la *Piroca* le sembró una cachetada, ni Memo a qué horas su propia mano se estrelló contra la cara de la mujer; no movió una sola arruga cuando la vio caer, ni cuando se levantó limpiándose la sangre de la boca. “Para que respetés a los hombres”, le dijo. Rogelio se quedó quieto a un lado de la pista, mirando a Memo, como si llegara de un sueño, y fue a sentarse en el rincón que había ocupado desde temprano. Allá fue a buscarlo la *Piroca*. Le puso en las manos un facón de buena estampa que sacó de sabe Dios dónde y le dijo: “Andá a responder por mí”. Él apartó el arma y la mujer, despacio pero con firmeza. “Déjalo”, le dijo. “El hombre es un amigo”. Ella lo tomó de las solapas de la chaqueta y lo estrujó; le arañó las mejillas mientras le escupía insultos en la cara. Lo sacudió. Lo llamó cobarde y poca cosa. Por último lo abrazó, le mordió la cara y lo zarandó en medio de gritos que la música no logró disimular. Rogelio trataba de sacársela de encima pero no pudo “porque ella parecía una garrapata” dijo el *Zurdo*. A lo último se desmadejó como un muñeco de trapo. Cuando la *Piroca* se separó, el *Zurdo* había prendido la luz blanca. La mujer tenía algunos gajos de pelo pegados a las mejillas y un resto de sangre en los labios. Rogelio estaba sentado, con un brazo doblado sobre la mesa y la cabeza sobre el brazo, como muerto. Estaba muerto. Al rato llegó Cristina Morera acompañada de las hermanas de Rogelio y le taparon la cara con un pañolón de macramé. Sólo hasta ese instante Memo

Díaz supo quién era el muerto. No hizo drama. Apenas miró a su compañero y le dijo: “todo estaba tan oscuro...”, y añadió: “vámonos”. Pasó por un lado de la *Piroca* que con la mirada perdida se había sentado en el suelo junto a la puerta de cortina de arlequín, todavía llorando de la rabia: “Es la primera vez que un hombre no responde por mí”, gemía. Antes de salir, Memo le descubrió la cara al difunto como para despedirse. Miró a las hermanas y les dijo: “Todo estaba muy oscuro”. Ellas no supieron de qué hablaba.

